



## Homilía

# Hermandad Jesús de las Tres caídas y María Santísima de la Amargura

*Arcos de la Frontera, Parroquia de San Francisco. Domingo 13 de marzo de 2011*

*Querido Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la “Real, Venerable Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas y María Santísima de la Amargura”; hermanos/as todos:*

El Santo Padre, en su mensaje de Cuaresma, nos invita a vivir este tiempo como una oportunidad favorable para experimentar la gracia que nos salva. Y para ello nada mejor que dejarnos guiar por la Palabra de Dios que, a lo largo de todos los Domingos de este período de cuarenta días, nos propone un itinerario análogo al catecumenado, invitándonos a recorrer las etapas de la iniciación cristiana, ofreciéndonos así una escuela insustituible de fe y de vida cristiana; y una preparación única para emprender el camino de la Pascua, la fiesta más gozosa y solemne de todo el Año litúrgico.

### **Tentado en el desierto**

Pues bien, comenzamos este primer domingo cuaresmal escuchando el evangelio de Mateo en el que se nos relata las tentaciones de Jesús: **“Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo”**. Fijémonos en lo que nos dice el evangelista: fue el Espíritu el que llevó a Jesús al desierto para entablar ese combate. En efecto, después de cuarenta días de ayuno se acercó el demonio para tentarle. Ante esto varios puntos a resaltar:

Las tentaciones no son un mal en sí mismas, porque son inevitables, dada nuestra naturaleza humana, que es una naturaleza frágil, vulnerable e inclinada al pecado. Lo que es malo es **“caer”** en ellas; por eso no le pedimos a Dios –todos los días, en el Padrenuestro- que nos libre de este acoso continuo del maligno, sino que **“no nos deje caer en la tentación”**. Para esa victoria el Hijo de Dios se hizo hombre y nos ha dejado en la Iglesia su mismo Espíritu.

En segundo lugar, el desierto tiene un gran significado en la Biblia; sobre todo, como lugar de encuentro con Dios. No sólo se trata de un lugar árido e inhóspito donde se sufre todo tipo de incomodidades: la sed y el calor, los cambios bruscos de temperatura, la arena, las privaciones (no ya de las cosas fútiles, incluso también de las más necesarias), sino que, por otra parte, el desierto es también un paraje solitario y silencioso. Es lo opuesto al ruido y a la algarabía, al consumismo, a la molicie, a la vida fácil y placentera de nuestras ciudades modernas; modela un tipo de persona austera y templada. Es por eso, un escenario apropiado para la búsqueda y el encuentro personal con Dios en la oración, en el silencio del alma y en la soledad de las creaturas.

De esta forma, atravesar una etapa de desierto puede ser una oportunidad de crecimiento de la vida espiritual. Como ámbito del desprendimiento de todo lo superfluo es una invitación a la sobriedad y al retorno a lo esencial; es allí donde el hombre experimenta su fragilidad y sus propias limitaciones; lugar de la prueba y de la purificación.

En este sentido puede también ser considerado como una experiencia vital común a todos los seres humanos –independientemente de nuestro credo, cultura, edad, sexo o condición social– absolutamente todos, tenemos nuestras horas arduas de aridez y de cansancio, de derrota y soledad; o bien de sufrimiento, desolación y de ceguera interior; a todo eso se le llama generalmente **“vivir en desierto”**.

Pero estas horas amargas pueden ser –al mismo tiempo- sinónimo de fecundidad y de vida si sabemos vivirlas unidos a Dios. Y a eso viene esta celebración, a ponernos junto a **Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas**, para que de Él aprendamos a pasar por esta experiencia con la fortaleza que hace posible participar del gozo pascual de la resurrección. Situémonos, por tanto, dentro del Evangelio:

### “Si eres Hijo de Dios...”

La tentación de Jesús no sólo nos trae a la memoria la gran aventura del éxodo de Israel, que caminó por el desierto durante cuarenta años, padeció hambre y sed, y experimentó diversas tentaciones contra Dios, que lo había liberado de la esclavitud... sino que nos conduce a la raíz de todo alejamiento de Dios. Porque, en definitiva, Israel experimentó en aquellas soledades la misma tentación que nos narra el libro del Génesis, cuando la serpiente tienta a Adán y Eva con la promesa del “**conocimiento del bien y del mal**”; ya no necesitarían de Dios, porque sabrían tanto como él, es decir, serían los dioses de sí mismos

«...**es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal**».

Aquí nos encontramos en el centro mismo de lo que se podría llamar el « **anti-Verbo** », es decir la «**anti-Verdad**». La mentira de hacer creer al hombre que no es una criatura, un ser creado y limitado, sino que es como Dios, falseando así su verdadera identidad: la verdad sobre quién es el hombre y cuáles son los límites insuperables de su ser y de su libertad.

Pero no sólo la verdad del hombre es falseada, sino que, como afirmaba Juan Pablo II en la **Dominum vivificantem**, esta «**anti-Verdad**» es posible, porque al mismo tiempo es destruida completamente la verdad sobre Quién es Dios. Dios Creador es puesto en estado de sospecha; más aún, incluso en estado de acusación ante la conciencia de la criatura. Es decir, viene negado el amor de Dios.

Por eso Jesús, en su combate personal con este “**misterio de iniquidad**” no sólo es visto como el “**nuevo Israel**”, sino también como el “**nuevo Adán**”. Como verdadero hombre (en todo igual a nosotros, menos en el pecado) experimentó el hambre, la debilidad y el acoso de la tentación; pero no así su “**caída**” en ella... Su respuesta fue muy diferente a la seducción que le propone el Maligno. Pero el precio de su victoria fue la pasión que refleja esta sagrada imagen de Jesús humillado en tierra, en su camino al Calvario.

La tradición siempre ha relacionado las “**caídas**” de Jesús, naturalmente, con el peso de la Cruz; lo cual hace pensar en la caída de Adán y, por ende, en el peso de su pecado, fruto de su soberbia de querer “**ser como Dios**”. Ésa es desde entonces la gran enfermedad del hombre: ahí radica el mal que es la causa de la caída de todos hombres de todos los tiempos.

Enfermedad que se manifiesta con gran virulencia en nuestra sociedad actual, tan autosuficiente por sus logros tecnológicos, pero al mismo tiempo tan hastiada de su mismo bienestar, dado que éste nunca es capaz de ofrecer lo que anhela, en su ser más profundo, el corazón del hombre.

El hombre, pues, en su visión más profunda, se nos manifiesta como un hombre “**caído**”, sumido en la tierra; queriendo olvidar definitivamente a Dios, se ha convertido en una caricatura de sí mismo; ya no se ve como imagen de Dios, sino que incluso ridiculiza al Creador, con lo cual atenta contra su misma dignidad.

Pero, si el pecado de orgullo y soberbia es la enfermedad de nuestra sociedad actual, nuestra devoción al **Señor de las Tres Caídas** nos habla de humildad y de gloria. El Evangelio nos presenta la “**prueba**” de Jesús, visto también como “**nuevo Moisés**”, que viene a guiar a toda la humanidad por el desierto de esta vida hacia la Pascua, la vida eterna, el paraíso.

En realidad, aunque en el Evangelio aparecen tres propuestas del Maligno, son como tres asaltos de una sola tentación: cuestionar su ser “**Hijo de Dios**”. Ese es el centro de la tentación; y por eso mismo, el triunfo de Jesús es la roca de nuestra fe.

“No sólo de pan...”

Primeramente, el diablo pretende que Jesús, debilitado por el ayuno prolongado, utilice su poder como un derecho, es decir, renuncie a su condición filial, escuchada en su bautismo como testimonio del Padre: “**Este es mi hijo amado**”. Si tal es tu condición -dice el tentador-, bien podrías hacer alimento de las piedras, con tal de no pasar necesidad...

Pero Jesús nos muestra que es posible vivir superando las tentaciones, sin perder nuestra dignidad y nuestra condición de Hijos de Dios, y buscando en todo momento hacer su voluntad, como rezamos en el Padrenuestro. Citando el texto en el que el hambre sufrida por Israel aparece dentro de la providencia divina y su pedagogía paterna (cf. Dt 2-6), responde que para vivir no se depende exclusivamente del pan, sino de todo cuanto Dios nos otorga: hijo de Dios no es quien no sufre privaciones, sino quien se alimenta de la Palabra de Dios.

Nuestra tentación podría ser hacer de la satisfacción de las necesidades materiales el objetivo absoluto de nuestra vida. Pensar que la felicidad última del ser humano se encuentra en la posesión y el disfrute de los bienes. En definitiva, apartar a Dios de nuestra vida y reducirla a lo material, tratando el hombre de asegurarse a sí mismo ganando los bienes del mundo

“No tentarás al Señor, tu Dios...”

En la segunda tentación, el maligno lo sitúa en el templo de Jerusalén (Mt 4,5-6), lugar privilegiado de la presencia de Dios entre su pueblo y de la expectación de la llegada futura del Mesías. La sutileza del tentador es manifiesta, y aterradora. El demonio le dice a Jesús:

***“tírate abajo, porque está escrito: encargará a los ángeles que cuiden de ti y te sostendrán en sus manos para que tu pie no tropiece en las piedras”.***

De nuevo cuestiona el amor de Dios y el plan del Padre sobre Él. Es decir, Dios no te quiere, el Padre se ha equivocado contigo ¿cómo siendo hijo de un carpintero de Galilea va a creer nadie en ti? Tírate del templo y entonces sí creerán que eres Dios. En definitiva, bájate de la cruz, de la limitación, deja de ser hombre como todos... y todos creerán en tí.

También a nosotros nos tienta el demonio aduciendo que el problema de nuestra existencia está en nuestra historia...; si mi vida -mis circunstancias: mis padres, mi cuerpo...- hubiera sido distinta, habría sido feliz; es decir, que Dios se ha equivocado conmigo y en su proyecto de salvación escogido para mí. De ahí la **“seducción”** de querer utilizar a Dios de manera mágica y egoísta, tratando **“exigentemente”** de que Él nos resuelva los problemas de la vida, evitándonos todo tipo de riesgo, de lucha, de sufrimiento, o de esfuerzo.

La respuesta de Jesús a Satanás: **“No tentarás al Señor, tu Dios”** manifiesta que Dios sabe bien por dónde tiene que ir el camino de la salvación. Llegado el momento, el Señor confirmará esta elección en su oración de Getsemaní: **“no se haga mi voluntad, sino la tuya”**. Es decir, la cruz, el sufrimiento, la limitación, siempre es, -como nos dice S. Pablo-: **“escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles”** (cf 1 Co 1, 23). Pero nosotros, ante esta imagen de **Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas** podemos afirmar que **“la debilidad de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres”** (cf. 1 Co 1, 27)

“Sólo a Dios adorarás...”

Por último, la osadía del diablo le lleva a presentarse como un ser divino capaz de dar todo lo que Dios pueda ofrecer... y por lo tanto, reivindica también el afecto del corazón y el culto por parte del hombre: **“todo esto te daré... si postrándote me adoras”**. Pero Jesús, por primera vez y con autoridad inusitada, manda al tentador que se retire antes de apoyarse en la Palabra de Dios; y zanja la cuestión con el primer mandamiento del Decálogo: **“al Señor, tu Dios, adorarás y sólo a El darás culto”** (cf Dt 5, 6-11).

Por nuestra parte, la tentación puede consistir en buscar el poder, el éxito o el prestigio personal, por encima de todo y a cualquier precio, incluso cayendo en las idolatrías más ridículas o peligrosas. Pero Jesús está hoy junto a nosotros como un signo de que en Él podemos depositar toda nuestra debilidad frente a las seducciones que amenazan nuestra paz y nuestra libertad interior; al mismo tiempo, que entregarle el afecto de nuestro corazón, en un culto **“en espíritu y verdad”**, porque ése es el culto que Dios quiere y espera de nosotros. Y sólo Jesús es el Mediador entre Dios y los hombres: **“Nadie va al Padre sino por mí”** (cf Jn 14, 6)

Él tomó de nosotros la condición humana para devolvernos la salvación. Con Él es posible salir de la soberbia y entrar en la libertad de la donación; es posible reconstruir el matrimonio; dar nuestro tiempo en Cáritas, en la catequesis; no ser insensible ante los débiles... Con Él podemos consolar el sufrimiento del otro, acompañar a los enfermos, sostener en la fe a los que se sienten perdidos y desorientados.

Por tanto, hermano, cuando te sientas a punto de caer, ¡mira a Jesús caído!. Y Cuando te sientas caído, ¡mira a Jesús que se levanta! Cuando te parezca que ya no puedes más, ¡mira a Jesús!: Él se ha hecho débil para que tú seas fuerte.

Recuérdalo: ¡cuántos! podrás tú ofrecerles una palabra y tenderles una mano para que a través de ti conozcan a **Nuestro Padre Jesús en sus Tres Caídas** y puedan experimentar de corazón lo que el Señor nos dice en el Evangelio de San Juan:

***“No temas, pequeño rebaño... En el mundo tendréis tribulaciones, pero ¡ánimo!, Yo he vencido al mundo”.*** (cf Jn Lc 12, 32; Jn 16, 33)

Y que la Santísima **Virgen de la Amargura**, que permaneció junto a Jesús en los momentos de sus **“caídas”**, sea también nuestro modelo para, junto a Ella, ayudar a todos los que necesitan una mano para levantarse (**“no sólo de pan vive el hombre”**). Y a nosotros nos dé fortaleza para acoger la voluntad de Dios con su misma determinación: **“hágase en mi según tu Palabra”**. Así sea.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez